

Homero Castillo

El americanismo de Mariano Latorre

“Y aunque la vida murió,
nos dejó harto consuelo su me-
moría”.



A característica más definidamente significativa y sobresaliente de la novela hispanoamericana de los últimos cincuenta años, ha sido la acertada precisión con que los autores han captado los ambientes y los seres continentales enfocándolos desde un ángulo original y novedoso. No han procurado los novelistas del nuevo mundo fotografiar el detalle, ni han querido satisfacerse destacando coloridos costumbristas con afa-nes educativos o de divulgación, todo lo cual acaso no ha dejado de serles accidentalmente ineludible, porque una labor así constreñida a límites tan estrechos habría resultado débil remedo de lo ya logrado por algunos escritores peninsulares de la anterior centuria. Una realización artística de ese tipo no hubiera tenido cabida en el siglo XX por carecer de estímulo para la nueva sensibilidad que empezaba a despertarse con el modernismo de comienzos de siglo y con las proyecciones del espíritu del 98 en América.

Lo que el creador americano se ha esforzado por realizar y lo ha conseguido con creces en el terreno novelístico ha sido exprimir las esencias individuales del ambiente y la raza, sin descuidar su

mutua e indestructible trabazón al entregarlas concretizadas en una fina amalgama, reflejo inequívoco de lo distintivo y singular de la fisonomía continental. Las grandes creaciones americanas del siglo XX, aparte de los muchos méritos de forma y contenido que las embellecen, pasarán a ser inmortales porque contienen con visible fidelidad lo inconfundiblemente substancial de un momento y de un lugar de la vida americana con todas sus vivencias humanas y ambientales. Por eso es que *Los de abajo* será siempre la epopeya novelada del revolucionario mexicano sin llegar jamás a confundirse con otras manifestaciones del alma americana, como las inquietudes de los campesinos chilenos, pongamos por ejemplo. Por idénticas razones, sería inconcebible ubicar a *Don Segundo Sombra* en la selva de *La vorágine*, ni a *Doña Bárbara* en los salones "siúticos", cursis y europeizantes de *La chica del Crillón*.

Cada personaje en su medio, pero todos ellos contribuyendo a la caracterización físico-espiritual del continente por medio del suministro de segmentos artísticos en armónicos e indestructibles ensambles y engranajes; he ahí la gran aportación de los autores americanos del siglo XX al desarrollo y progreso del arte de novelar.

Se observan dos modos de llevar a cabo la concepción de la novela que acabamos de bosquejar. Algunos escritores, como Güiraldes, Gallegos, Azuela y Rivera, cultivan la novela de síntesis que en un relato único proporciona la visión esencial de un vasto conjunto con todas las líneas propias del medio y de los personajes que lo pueblan. Así se llega a la pampa, al llano, a la revolución o a la selva vivificadas por la íntima y mutua dependencia que existe entre la individualidad ambiental y la del gaucho, el llanero, el revolucionario o el cauchero respectivamente. Otros autores prefieren recurrir a la fragmentación de la realidad esencial constituida, como ya lo hemos indicado, por la interacción de ambiente y personajes, para que el lector por su cuenta una, agrupe y derive síntesis personales, como en una proyección caleidoscópica, a base de la cuidadosa segmentación artística elaborada por el escritor. A esta última categoría de escritores pertenecen generalmente los cuentistas Horacio Quiroga, Ja-

vier de Viana, Hernández Catá, etc., y en ella debe ubicarse al autor chileno Mariano Latorre Court.

Por espacio de más de cuarenta años, don Mariano Latorre entregó al público lector una serie ininterrumpida de cuentos y novelas, ora publicados por separado en periódicos y revistas, ora agrupados en colecciones, pero siempre con el común denominador de un perseverante e intenso criollismo que, con el correr de los años, se afinó hasta convertirse en la nota distintiva de sus creaciones.

Injusto e incomprensivo sería interpretar las creaciones de Mariano Latorre una a una, parcial y aisladamente, como si se tratara de los episodios sucesivos de una novela por entregas. Un cuento de Latorre desprendido de su conjunto acaso tenga valor como frívolo y pasajero entretenimiento o cuando más puede que sirva de pasatiempo, pero su trascendencia dentro de la producción global del autor es y debe ser mucho más que eso. La fisonomía de Chile y los chilenos, parte integrante y vital de América, que el autor ha querido transportar a sus cuentos, queda trunca y sin sentido cuando se la ubica en los estrechos moldes de un ambiente particular o desprendida del mosaico artístico en que ha de incrustársela. Las imágenes que de su patria y de sus compatriotas posee Latorre resultan nítidamente claras sólo cuando al leer la totalidad de los cuentos, surge en la mente del lector el panorama virtual de un Chile de variados ambientes y personajes en íntimo e inseparable engranaje funcional. ¿Es auténtica y única esta visión de Chile? ¿Representa un plano indispensable del ambiente continental? Atrevámonos a penetrar en este terreno.

Como ha significado tarea ardua, si no imposible, para el crítico sintetizar y caracterizar las imágenes que de su tierra y de sus paisanos se ha esforzado Latorre por reproducir en sus composiciones, algunos han seguido la vía más expedita de acusarle de imitador de tal o cual autor, o de tacharle lo que han dado en llamar un exceso de descripción que ahoga al personaje y desvirtúa su personalidad. Se comprende que se haya interpretado mal la obra de Latorre cuando los juicios no han descansado más que en una mínima parte de la

producción del criollista chileno. Aunque no se trata en estas páginas de hacer la apología de Latorre, sino de destacar su significación continental, se puede adelantar sin ambages que las acusaciones de plagio o imitación son enteramente falsas porque Latorre no posee ni el prurito de inyectar intenciones ideológicas a los ambientes y personajes, cosa muy notoria en los autores con quienes se le ha querido comparar, ni la espiritualidad del chileno se desvirtúa por la densidad de un medio artificialmente agigantado. Si la naturaleza empequeñece al hombre, lo cual no ocurre siempre en Latorre, es porque ése es el triste sino de algunos paisanos del autor. Sin embargo, poner en demasiado relieve este supuesto defecto y decir que no es tal porque más bien acusa acierto y penetración de parte del narrador, no es tampoco la manera más exacta de caracterizar lo distintivo del arte de Latorre. Como ya lo hemos indicado en otra ocasión:

La indestructible amalgama del chileno típico con su ambiente, la mutua ayuda que se dan para lograr un prodigioso grado de vitalidad, he ahí lo inconfundiblemente distintivo de los postulados artísticos que han orientado y en que se ha cimentado la labor literaria de Latorre en los últimos cuarenta años... a su modo de ver, el auténtico mérito de una obra que se precie de criollista no ha de ser otra cosa que una perfecta ecuación en que los términos dados sean, por una parte, el hombre y su tierra y por otra, el amor y el esfuerzo del escritor para interpretarlo como vivencias tangibles (cp. Homero Castillo, "Mariano Latorre", en *Hispania*, vol. XXXVII, N.º 3, septiembre, 1954).

Los valiosos comentarios interpretativos que Latorre ha dejado de sus propias concepciones y realizaciones artísticas constituyen la prueba más fehaciente de la veracidad de sus intenciones, así como de los principios estéticos que han orientado su obra: la fisonomía típica de Chile, es decir, tierra y hombre en sus mutuas y esenciales relaciones de dependencia y tipicidad. La estructura que sostiene la composición y los cimientos en que ésta descansa quedan de manifiesto con toda claridad a la luz de las observaciones que el autor ha

hecho sobre la filiación de su propia obra. Si se olvida la filosofía del arte a que Latorre se ha adherido, toda labor crítica resulta infructuosa y vana. En efecto, y por desgracia, la mayor parte de los abundantes esfuerzos hasta ahora desplegados por los críticos parecen condenados a una severa revisión porque las conclusiones a que han llegado carecen del respaldo preceptivo que se ha dictado el artista al realizar su concepción. Así resulta que en lugar de quedarse en el plano de los episodios externos, de los paisajes físicos y de las caracterizaciones concretas, los comentaristas de Latorre debieron profundizar asimilándose la estética que en forma de principios y postulados orienta, rige y vivifica con robustez la obra total del autor. Lo que interesa primariamente no es la exteriorización de circunstancias contingentes, sino el residuo generador y fertilizante que suministra en forma dinámica una constante criollista e imprime a la creación un sello de originalidad y trascendencia.

Mariano Latorre posee la íntima convicción de que en su patria, a diferencia de lo que ocurre en otros escenarios geográficos americanos, hay una "pluralidad de rincones" y una "pluralidad de almas en cada rincón". Ve la geografía chilena, física y espiritual, desde un punto de vista tan definido y abarcador que será difícil hallar otro autor de Chile que pueda superarle. En efecto, no se da otro caso en las letras chilenas de un creador como Latorre que posea tal extensión y permanencia conceptual o tal constancia y vigor de corroboración ilustrativa. Todo ello se descubre con suma facilidad en la dilatada serie de cuentos y relatos con que ha ilustrado su concepto de la pluralidad física y espiritual de la tierra chilena.

Se caracteriza Chile por la diversidad de sus climas y por el enredo tectónico de su geología.

Altas cordilleras que dominan el paisaje y le dan su fisonomía, un alongado valle, verde camarada de las cumbres blancas, un encadenamiento de lomas que mueren en la costa y donde las mareas moldearon, en el transcurso de los siglos, bahías y estuarios, desiertos que se beben los ríos andinos, valles risueños, engastados en ásperos cerros, ríos que se precipitan sonora-

mente a luchar con las olas del Pacífico, cerros que al hundirse en el mar se convierten en islas, asombrosamente fértiles; pero, ante todo, cordillera, valle y costa, cortados por rincones férces que bordean el trópico y se acercan, en el sur, a las nieves polares.

Se unen así, a través de una ruta zigzagueante, las llamas del norte con los corderos de Magallanes, los mangos y granadas con las manzanas del sur, las uvas del centro con las fresas de las selvas, el salitre y el huano con el carbón de Arauco, y los cóndores de los Andes rozan sus alas con las de las gaviotas y alcatrazes del litoral.

La multiplicidad es el carácter del paisaje chileno. Y múltiple es, también, la psicología de su poblador, pero paisajes y hombres son unos en su pluralidad. Por esto, es difícil, si no imposible, plasmar un arquetipo de raza, desde el punto de vista artístico.

Junto a la multiplicidad que caracteriza al paisaje chileno se encuentra, como ya lo hemos indicado, la diversidad espiritual de los pobladores. Sin embargo, a pesar de la pluralidad, hombres y paisajes constituyen una entidad funcional indestructiblemente inseparable. Latorre sostiene que el chileno se distingue por poseer dos "características contrarias, separadas casi siempre en tipos distintos", si bien hay ocasiones en que ambas se dan en un mismo individuo.

Una está enraizada en la tierra y es conservadora; la otra es indeterminada y casi siempre anárquica. La primera predomina en el huaso; la segunda en el roto.

Refutando la conocida tesis de José Victorino Lastarria, quien sostiene que la naturaleza de Chile es monótona y que el chileno es terco e insensible, Latorre sale en defensa de su tierra y de sus compatriotas.

No es monótona la naturaleza de Chile; al contrario, es de una variedad desconcertante. No es perezoso y terco el chileno.

Su adaptabilidad al medio en que le ha tocado vivir es milagrosa, pero o se compenetra con él (huaso) o simplemente lo abandona para siempre...

Y en realidad, el huaso económico y el roto dilapidador son los personajes centrales del drama social de Chile. Aunque sus descendientes asistan a escuelas y a liceos y lleguen a la universidad o se hayan enriquecido por los avatares de la fortuna, siempre aparecen, más o menos disimulados, los rasgos que acabamos de mencionar.

Así da a conocer Latorre los íntimos sentimientos y las arraigadas ideas que posee de Chile y los chilenos. Estos sentimientos y estas ideas constituyen la piedra angular en que ha de descansar la labor literaria y la concepción estética de Latorre: son el norte que le guiará a la creación de una obra artística de proyecciones continentales.

Por otra parte, la aguda penetración de observador honrado consigo mismo y con los lectores lleva a Mariano Latorre a ver que su patria no está circunscrita sólo a lo rural, sino que abarca un sector urbano que acaso debiera tomarse en cuenta al proyectar en el ámbito literario continental lo esencialmente múltiple y dispar de la chilenidad. No olvida, pues, el plano urbano de la realidad chilena, si bien su actitud a este respecto, resulta más bien negativa. Por eso es que su producción no abunda en obras que traten de la ciudad, excepto como detalle dolorosamente necesario, no esencial, para completar el panorama de las vivencias nacionales.

La actitud adversa de Latorre para con la ciudad queda claramente de manifiesto cuando se refiere a Santiago, centro urbano que, por ser la capital, ha de constituir lo más representativo de los sectores metropolitanos chilenos.

Santiago unificó artificialmente a Chile. Como si el norte, el centro y el sur fuesen iguales, trató de nivelarlos por medio de una política uniformadora...

Santiago, más europeo que americano, no ha logrado adquirir un carácter representativo. Es, más bien, el resultado de la confusa evolución de un país joven... acomodaticia y cauta,

vegeta una clase media que busca en vano su posición en la vida chilena. . .

Aristocracia colonial, nuevos ricos, nuevos pobres y pueblo conviven sin penetrarse ni menos comprenderse. Sus barrios repiten las ciudades coloniales del valle central. Se amontonan *chalets* de todos los estilos donde estaban las antiguas chacras, y las casuchas y ranchos de primitiva estructura subsisten aún en los suburbios.

Los relatos urbanos chilenos son numerosos hasta mediados del siglo XX. A partir de esta época los escritores, Latorre entre los de vanguardia, al iniciarse la primera década, tropezaron "con un inexplorado e inagotable filón de arte". Es este el filón que Latorre prefiere como fuente de sus composiciones extrayendo de él una abundante variedad temática cuyo colorido típico y fisonomía distintiva no pueden darse más que en Chile, primero, y en América, después.

. . . en pocos años, los más lejanos rincones de Chile, los siete paisajes de su geografía y sus siete almas, la pampa salitrera, el norte chico, las selvas del sur, la cordillera de los Andes y de la costa, Chiloé y sus islas, Magallanes y sus estepas, tuvieron una representación psicológica y plástica en la novelística chilena.

Pero como ya lo hemos indicado, el procedimiento empleado por Latorre para suministrar a la sinfonía continental la nota que él concebía como más digna y representativa del arte novelesco de su patria fué diferente del utilizado por otros maestros americanos.

Los novelistas, guiados por un instinto creador, se adelantaron a los críticos que pedían el relato-síntesis, la epopeya total de la vida chilena, desorientados por *Don Segundo Sombra* o por *Doña Bárbara* que encierran, en líneas generales, a Argentina que es pampa, y a Venezuela, que es un llano.

Se ha visto la imposibilidad de captar la vida chilena, múltiple y dispar, en una sola novela.

Sin proponérselo, pero con aguda comprensión de la tarea que corresponde al artista nato, los escritores chilenos han pin-

tado el medio en que nacieron, en el que transcurrió su juventud o en el que el azar les destinó, realizando, quizá por intuición, el agudo consejo de Tolstoi a los novelistas rusos de su tiempo: "Describe bien tu aldea y serás universal".

En suma, Mariano Latorre se yergue no sólo como uno de los maestros del relato criollista, en el que se caracteriza con firmes matices lo esencial de la patria chilena, sino que además define y diferencia la temática de ese relato del de otras literaturas continentales, todo ello sin llegar a dissociar la fisonomía del paisaje y del habitante de Chile del concierto físico y espiritual de América. La obra de Latorre vivirá como una de las facetas indispensables de que hoy se compone el prisma diamantino que es la nueva literatura del Nuevo Mundo. Sus cuentos y novelas cortas brindan al lector moderno la espléndida oportunidad de agudizar su poder de penetración y de síntesis para así satisfacer la curiosidad de saber lo que definitivamente son Chile y los chilenos, y determinar el lugar y sentido que les cabe en la rica pluralidad del panorama literario americano.